

LOS CATÓLICOS EN LA VIDA PÚBLICA

CARLOS DÍAZ

Universidad Complutense de Madrid

Ante los cuatro Rubicones pendientes

Tenemos los católicos cuatro Rubicones pendientes, y hasta la presente no estamos siendo capaces de superarlos uno tras otro para llegar a esos cielos nuevos y esas tierra nueva a los que decimos aspirar. Sencillamente los menciono taquistoscópicamente en cuanto que retos.

El Rubicón de la solidaridad: ¿Vivimos acaso los católicos según nos enseñó el Señor al respecto, y según consta que vivieron los primeros cristianos? Nadie, ningún grupo, ninguna persona, nadie debería hablar *qua catolico* al respecto, hasta no hacer suyo el rostro de la viuda, del huérfano y del extranjero, rostros de misericordia. Y me parece que en este Rubicón la verdad tiene demasiados predicadores y pocos mártires. De ahí nuestra escasa credibilidad ante el mundo.

El Rubicón de la episteme: ¿Estamos siendo capaces de formular una episteme común en cuanto que católicos? Me temo que no: los tomistas, los personalistas, los de este y los de aquel lado no hemos sabido formular una “sabiduría transversal”, y aún nos duelen Mounier, o Maritain, o... según las “escuelas”: seguimos siendo de Cefas, de Apolo... ¿Acaso es falso que existen multitud de revistas cuasiparroquiales pero ninguna revista católica sería común a todos los católicos?

El Rubicón de la vida pública: ¿Acaso no hubo católicos en partidos europeos que –por poner un solo ejemplo– hicieron todo lo contrario de lo que había dicho el Papa respecto a la invasión de Irak? Tampoco aquí, en las opciones de mediación, podemos pre-

sumir de bien avenidos entre las diversas opciones, grupos o movimientos internos a la Iglesia. Seguimos siendo maledicentes, escasamente receptivos hacia el interior de nuestro *Koinón*.

El Rubicón de la mística: Los islámicos rezan cinco veces al día y ayunan durante un mes, los judíos estudian porque el estudio es para ellos también oración... Probablemente los católicos somos los que peor conocen sus propios textos sagrados y menos rezan: hemos fragmentado la vida como ilustrados o neomodernos, de ahí que resulte entre nosotros tan carente de fuerza lo místico como factor vinculante.

¿Qué hacer ante estos Rubicones no vadeados?

Esta especie, última llegada al planeta, aún en vías de desarrollo manifiestamente mejorable...

Esta especie es capaz de lo mejor y de lo no tan bueno. *Humana* (*homo* viene de *humus*), rodando con velocidad tan rápida como inasimilable incluso para ella misma, desde hace 13.000 millones de años o más el cosmos ha ido preparándole su nicho ecológico: los humanos terrícolas existen desde hace un millón y medio; el *homo sapiens* desde hace 200.000 (Paleolítico); desde hace apenas 10.000 años (gran cambio del Neolítico), un número creciente de agricultores y ganaderos sedentarios; desde hace unos 5.000 años, grandes culturas y grandes religiones de la historia primitiva.

Pues bien, si tomásemos 62 años como esperanza media de vida para los últimos 50.000 años de la historia de la humanidad, ahora nos encontraríamos en la vida número 800, de las cuales 650 vividas en cavernas; desconocedoras de la palabra escrita hasta la generación 70 anterior a nosotros; sólo en las 6 últimas se ha dado la palabra impresa al alcance de las masas; sólo en las 4 últimas exactos cómputos de tiempo; sólo en las 2 últimas motor eléctrico (electrodomésticos); sólo 1, la nuestra, la número 800, ha conocido la mayor parte de los bienes de consumo, y –dentro de ella– únicamente en los tres últimos decenios ha tenido acceso a la universalización de las redes informáticas y telemáticas: baste decir que un servidor no conoció la televisión cuando fue niño, y el ordenador personal sólo hace unos años. Nadie negará que el ser hu-

mano es realmente *sapiens sapiens*; ni siquiera imaginamos a dónde llegará en el terreno tecnocientífico.

Sin embargo, mientras tanto, a la par, las tres cuartas partes de la humanidad pasan hambre, aunque habría alimentos para todos en abundancia si se repartiesen; y más de diez mil personas mueren de inanición al día. Esto significa que, de momento, en su actual estadio de desarrollo, el ser humano carece de entrañas de misericordia, por ende en esa perspectiva podría ser definido sin cautela como *malus malus*.

Sapiens malusque, hemos sobre la Tierra cojeando con un pie tecnocientífico muy largo y un muñón moral atrofiado: podría decirse que todavía, en la larga marcha de la hominización, somos los humanos *animales enfermos (infirmi: no firmes)*.

El burgués: de momento, hasta aquí hemos llegado

En realidad, a gran escala, no hemos ido más allá del estadio uno de desarrollo moral (por decirlo con Kohlberg), o de la perspectiva burguesa, en el sentido que Emmanuel Mounier daba a esta palabra, y que exponemos extensamente: “Cada uno de nosotros lleva en sí una mitad, un cuarto, un octavo o un doceavo de burgués, y el burgués se irrita dentro de nuestra persona como un demonio en un poseído. Entendámonos. No se traspasa la frontera de la burguesía por el mero hecho de haber alcanzado una cierta cantidad de renta. El burgués frecuenta todas las latitudes, todos los medios; si su moral ha nacido en una clase, ésta se ha deslizado hoy, como un gas pesado, hacia las bajas regiones de la sociedad. El Copérnico de la moral no es Kant, sino el burgués. Todas las virtudes que giraron en órbita alrededor de la caridad, van, para él, a dar vueltas alrededor de la virtud del orden. Su medida no es ya el Amor que hace girar los mundos, es un código de tranquilidad social y psicológica. La vida del burgués está ordenada a la felicidad. La felicidad, es decir, la instalación, el gozo al alcance de la mano como el timbre de la criada, felicidad estática, no salvaje, y asegurada. *Aurea mediocritas*, una mediocridad toda de oro ordenada a la propiedad; es decir, al sentimiento de la solidez del confort. La preocupación del cristiano consiste en ser, pero él, el burgués, no tiene otro fin que el tener. Escuchadle decir: ‘mi’ mujer, ‘mi’ auto, ‘mis’ tierras, ya se sabe que lo que cuenta no es la mujer, el coche,

las tierras, sino el posesivo descarnado. Por esto ama el dinero: es necesario ser avaro para no quedar presa del destino... El burgués se rodea de cosas bellas, como su mujer, es decir, de cosas agradables; se forja unas buenas costumbres y una buena conciencia; es un vividor. Pero la soledad no está presente en su vida: es un hombre muy acompañado. No hablemos de la renuncia: la renuncia ¿no es desposesión? No es apto, decía Péguy, ni para el pecado, ni para la gracia, ni para el dolor, ni para la alegría. Hombre de salud, hombre de felicidad, hombre de bien: un hombre que ha encontrado su equilibrio, un ser desgraciado... El pequeño burgués no posee los signos exteriores y las facilidades del rico, pero toda su vida tiende hacia su adquisición. Sus valores son los del rico, achaparrados, acartonados por la envidia. No es rico solamente el que tiene mucho dinero. Es rico el pequeño empleado que se avergüenza de su chaqueta raída, de su calle, y que haría cualquier cosa antes que atravesar la plaza con un cesto en la mano. Es rica la mecanógrafa que acepta el mundo a causa de los favores del jefe, la vendedora que se hace partidaria de los objetos de lujo, el proletario que devora el ideal estrecho del empleado de banca, el joven antimilitarista que sueña en secreto con ser subjefe en la reserva. Toda la vida privada del rico está dominada por un solo valor: la consideración. Toda la vida privada del pequeño burgués está dominada por un solo valor: el avance progresivo, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo que la consideración. Si no él, al menos es necesario que su hijo se eduque, que tenga la vida más fácil de lo que nosotros la hemos tenido (¡cuánto amor a menudo, padres, en estas fórmulas; pero no se trata de vosotros, sino del pequeño burgués que sois, o de las palabras que vosotros le pedís prestadas para traducir mal vuestro amor!).

La economía del pequeño burgués es la economía para la riqueza, la que lleva al cuello duro, después al hotelito, después al coche, después al mar, después a que le presten la atención que se tiene con los verdaderos ricos, después a la igualación con ellos. Todo esto unido a una tiranía interior, con la falsa religión del trabajo para sostenerlas —el trabajo que hace ricos—. Entonces, de la mañana a la noche, aspereza, cálculos, precauciones, avaricia. Ni una generosidad, por supuesto. Ni una fantasía tampoco, ese gesto que nace una mañana con la alegría del corazón y que los pobres conocen bien... Un tipo de hombre bien vacío —felizmente sobrevive, el bribón— de toda locura, de todo misterio, del sentido del

ser, del sentido del amor, del sufrimiento y de la alegría, entregado a la Felicidad y a la Seguridad; barnizado en sus más altas zonas con una capa de educación, de buen humor, pero en lo bajo rodeado por la lectura somnolienta del diario, las reivindicaciones profesionales, el aburrimiento de los domingos y de los días de fiesta, con la sola obsesión del último disco o de la última noticia escandalosa... Es el reino de la brutalidad (a veces bajo sus formas lentas, no las menos crueles), y no una viril ternura lo que regula las relaciones habituales de los hombres y las instituciones. Esto no es una razón para oponer a esa brutalidad la misma dureza, los mismos corazones angostos. Pero es una razón para que las almas sensibles se construyan una armadura de resistencia y de vigor, en lugar de soñar un mundo infinitamente dulce y de hacer proyectos para el buen tiempo en medio de la tormenta...

Demasiados idealistas, demasiados pacifistas, demasiadas buenas personas y demasiados corazones nobles han hecho de lo espiritual una casa de retiro para los diversos reumatismos que acarrea la existencia. Al primer dolor dan un salto hacia el ideal, y en compañía de los grandes espíritus de todos los siglos y de todas las religiones, previamente vaciados de su carne y de su llama, reducidos al estado de fantasmas morales, hacen una triple y santa coanza de dulzura contra su misión de hombre... En el campo de los Puros se encontrarán, ciertamente, almas orgullosas y exigentes. Pero se verá también frecuentar este campo a todos los portadores de quimeras que condenan la acción, no porque esté manchada (aunque así lo piensen), sino porque no encuentran en ella ningún placer: los débiles, los indecisos, los mitómanos, los temerosos y aquellos que se las dan siempre de efebos. Se les llama comúnmente los idealistas. No trabajan por transfigurar la acción, la declaran un crimen. Incluso cuando creen actuar, se retiran hacia una línea de palabras generosas, palabras separadas del compromiso que en la elocuencia y en el fariseísmo están, aunque imperceptiblemente, en el centro de toda elocuencia moral...

Mi auto, dice el burgués. Se equivoca: es el auto el que le posee a él. Es el auto el que se le impone; cuando el cielo está claro, le da la orden de marcha, y la carretera vibra bajo su paso; apenas se ha montado en él, el coche le acoge entre sus cojines, atrae sus brazos hacia los mandos y toma la iniciativa. A la vuelta, todos sus otros propietarios le esperan: su sillón, su puro, su periódico, su radio, su café, su teléfono y, dentro de sí mismo, ese otro él mismo que a

veces desprecia, y que le aburre siempre. Su ideal de posesión es el reposo pasivo, la languidez mortecina de los hábitos –esos extraños más nuestros que nuestros propios actos, en el sentido en que la caricatura es más exacta que la fotografía–. Rebaño sin dueño de amores anémicos, prostitución del espíritu en todas las encrucijadas del tópico y del ídolo colectivo, prostitución del corazón a la dulce mentira de las visiones tranquilizadoras, prostitución del cuerpo a las comodidades que crean una atmósfera y una preparación a las comodidades del corazón y del espíritu. El poseedor y su bien se envuelven en una especie de inmunidad contra los cambios de la vida y el contacto de los hombres. La conquistadora envidia, el apego apasionado dejan lugar a un sentido miedoso y susceptible –solemne o delicado según el humor– de la inviolabilidad. Me contaron la historia de un hombre cuya vivienda fue desvalijada durante su ausencia, y que, incapaz de vivir en este lugar impuro desde entonces, se cambió de casa poco después. El burgués, que desfigura todas las cosas, ha desviado el sentido divino del secreto de los corazones, de las soledades inadmisibles, hacia un secreto de cajas fuertes, de presupuestos, de domicilios, de escándalos, de alegrías y de penas, hacia un general ‘se ruega no tocar’, que no es otra cosa que una manifestación contra el amor”.

¿Entre “genes” anda el juego?

Y esto ¿por qué? Si, según los genetistas de poblaciones, en cada individuo y en todo colectivo existen tres posibilidades prioritarias, ¿conforme a cuál de estas tres que siguen adoptamos nuestro modo de comportamiento en cuanto que católicos?

Predominio de los genes ingenuos, es decir, de la gente buena, del vecino del quinto que siempre quisiste tener. Si todos fuésemos así de genuinamente ingenuos la vida en esta tierra sería idílica, paradisíaca, por tanto inimaginable. Lo que ocurre es que nos comportamos con esa ingenuidad solamente entre el círculo de nuestros amigos y familiares, de *onda corta*, pero no ampliamos el círculo, llegando incluso a ser tramposos para con los demás, a los que aplicamos la onda larga que deslumbra.

Predominio de los genes tramposos, es decir, de las gentes endurecidas, aquellas en cuyo costado se agolpa tanto dolor que por dolerles les duele (quizá por nuestro nada meritorio concurso) hasta

el aliento. Se trata de esa gente que no devuelve dolosamente los préstamos, que se prevalece de los enchufes, que manipula y que engaña, llegando a morder la mano que le alimenta. Si todos nos comportásemos así la vida en esta tierra se parecería a un infierno, al menos a ese infierno del que Sartre dijo que “el infierno son los otros”. Pero, aunque eso el tramposo no lo cree, siempre llega al “saloon” del “far west” algún que otro forastero más tramposo que uno, y el final resulta fatal. Los primeros en caer aquí serían los menos tramposos, y así sucesivamente por “crisis cíclicas” hasta quedar solamente los supertramposos, que entre sí se someterían de nuevo a una lucha a muerte.

Predominio de los genes rencorosos, es decir, de los que tienen mucho cuidado en no regalar ni robar nada a nadie, sino que se limitan fríamente a devolver lo prestado y a lo que marca la ley, “*dura lex sed lex*”, en cuyas interioridades no penetran para saber si existen leyes legales aunque inmorales, siendo la ley del Tali3n su exponente hist3rico m3s conocido: un ojo por un ojo, un diente por un diente, un cardenal por un cardenal. Ahora bien, si todos fu3semos as3 vivir3amos en una sociedad democr3tica, legal pero no siempre leg3tima, adem3s de fr3a y sin perd3n, en la cual imperar3a el viento g3lido del demiurgo burocr3tico.

As3 las cosas, y como la vida social resulta altamente complicada, no d3ndose en ella tipos puros ni cristalizaciones estables, ¿puede m3s en su interior la ingenuidad, el rencor, o la trampa? No cabe desde nuestro punto de vista establecer ninguna analog3a entre los dem3s reinos f3sicos y el reino humano. En efecto, si en el mundo f3sico una manzana podrida termina por pudrir a las manzanas sanas, en el mundo del esp3ritu un gen ingenuo puede terminar convirtiendo hacia el lado bueno a un gen tramposo. En todo caso, por la respuesta que las personas dan a esta cuesti3n se conoce no s3lo el grado de optimismo o pesimismo de las mismas, sino tambi3n y sobre todo la fuerza de su convicci3n, el temple de su car3cter, la realidad de su verdadera identidad.

Ocurre, empero, que a veces decimos querer ser genes ingenuos (*almas bellas*) pero no pudiendo cambiar al mundo hacia mejor, antes al contrario empeorando y male3ndonos poco a poco nosotros mismos en el intento, terminamos por recluirnos en nuestra propia coraza, metamorfose3ndonos al fin como *corazones duros*. Todos sabemos que las calles est3n llenas de gentes que, tras haber comprobado la dureza del mundo llevan puesta la coraza, aunque tampoco

aquí falten quienes se vendan antes de que les llegue la herida porque en el fondo deseaban momificarse. En cualquier caso, también de la respuesta que se dé aquí se traslucirá la persona: ¿creemos que es más grande la fuerza del mal que la del bien, o al contrario? Si respondemos que el bien es más fuerte que el mal, nuestra acción militante contra el mal estará justificada; si lo contrario ¿para qué obstinarse entonces en frenar el mal?

Por nuestra parte creemos que el bien siempre vencerá sobre el mal, pero el bien hay que promoverlo porque no cae de un cocotero y es preciso madrugar. El bien siempre viene hacia nosotros y se nos ofrece para beneficiarnos, para hacernos bien, pero hay que emprender la decisión de tomar el relevo, de aferrar la antorcha, de participar de la única forma posible cuando del bien se trata: compartiendo. Por lo demás albergamos la convicción y también la modesta experiencia de que únicamente desde algún grupo con el que estemos compartiendo resultará posible aguantar el mal del mundo, elaborar su duelo, llorarle y ser consolados, dando a continuación el paso siguiente: volver a la arena para que donde hubo mal se pueda hacer el bien. Nosotros solos no podemos. A partir de ahí trataremos de ir ensanchando el horizonte sabiendo defendernos pero no estando a la defensiva, sino trabajando a la oferta en favor de un mundo más ingenuo, más humano. Constituye labor de la pedagogía de los grupos ir ejercitando el ritmo personalmente adecuado en orden a ese objetivo, pues no todos somos iguales, ni podemos lo mismo, ni sabemos lo mismo, ni tenemos el mismo grado de madurez. Los hermanos mayores marcharán delante, si lo son. Ellos abrirán vías de socialidad públicas.

De los genes a la vida pública

En una democracia pluralista como aquella en la que convivimos los católicos con gentes de otros credos o sin credo conviene distinguir hoy entre éticas de mínimos y éticas de máximos.

Las éticas de mínimos son deontológicas, pues se ocupan del *deón* (deber, vertiente normativa), indagando qué requisitos mínimos deben ser universalmente cumplidos, pues cuando tengo algo por justo no estoy expresando un sentimiento meramente subjetivo o grupal, relativo a mi cultura o circunstancia, sino que pretendo que lo tenga por justo cualquier ser racional que quiera pensar moral-

mente, esto es, que se sitúe en condiciones de imparcialidad y de universalidad, válidas en todas las circunstancias, referidas a normas universalizables que se han ido concretando en los derechos humanos, derechos que la humanidad ha aprendido a través de la historia, a los cuales sería ya inmoral renunciar, y que por ende son transmitidos generacionalmente. Por su parte *las éticas de máximos* son éticas de felicidad (agatológicas: referidas al bien y a la autorrealización personal), pues intentan ofrecer ideales de vida buena. Cuando tengo algo por bueno, por felicitante, no puedo exigir ni imponer que cualquier ser racional también lo tenga por bueno, porque ésta sí que es una opción subjetiva, aunque puedo aconsejar seguir su conducta. En consecuencia, se trata de éticas religiosas.

¿Diferencias y coincidencias? Mientras en una sociedad pluralista los ideales de felicidad pueden ser distintos, no sucede lo mismo con las convicciones de justicia. “Cuando tenemos algo por justo, dice Adela Cortina, nos sentimos impelidos a intersubjetivarlo, a exigir que los demás también lo tengan por justo, porque ciertamente existe una gran diferencia entre los juicios ‘esto es justo’ y ‘esto me conviene’, pero también entre los juicios ‘esto es justo’ y ‘esto da la felicidad’. Si digo ‘esto me conviene’, estoy expresando simplemente mi preferencia individual por algo, y si digo ‘esto nos conviene’ amplío la preferencia a un grupo, mientras cuando afirmo ‘esto es justo’ estoy confiriéndole un peso de objetividad que queda más allá de las preferencias personales y grupales: estoy apelando a modelos intersubjetivos que sobrepasan con mucho el subjetivismo individual o grupal. Decir que ‘esto hace feliz’ es, por contra, bastante más arriesgado, porque ¿quién se atreverá a decir que esto es lo que hace felices a todos los seres humanos, aunque parte de ellos se niegue a aceptarlo?”.

¿Significa esto que en la ciudad democrática estén de más las éticas de máximos basadas en las religiones? No, pues, como añade Adela Cortina, desde cualquier religión o incluso desde la increencia es posible asumir racionalmente una mínima ética cívica pública. El cristianismo, por ejemplo, no es una ética de mínimos de justicia, sino una religión de máximos de felicidad. Los mínimos de justicia le parecen irrenunciables, y se alegra por ello profundamente de que formen parte de la conciencia moral social de nuestro tiempo; pero tales mínimos no agotan el contenido de la religión cristiana, su viva y rica oferta.

Es posible ser creyente y a la vez ciudadano; fe y razón son buenas de una misma yunta, aunque con dos niveles distintos de exigencia, niveles autónomos, ninguno de los cuales puede pretender absorber al otro, por eso ni la religión puede suplantar a la moral civil, ni la moral civil puede pretender sustituir a las religiones, jamás una ética de mínimos puede pretender ser un equivalente funcional de la religión. Lo laico no entra en competencia con lo religioso, porque no intenta ofrecer una idea del hombre y de la historia desde la que iluminar la totalidad de la vida.

A su vez, en cada grupo puede existir algún tipo de magisterio reconocido, que tenga una especial autoridad dentro de él. Este es el caso de gran parte de grupos religiosos. Dado que en una sociedad hay diversas esferas y dentro de cada una de ellas un tipo peculiar de organización, siempre que acepten el marco de conjunto, la existencia de magisterios internos a cada una de las esferas es perfectamente democrática. Atentan contra las posibilidades de convivencia que ofrece una moral cívica tanto los que se empeñan en negar a las iglesias su derecho a expresar su opinión en materia moral, como los que creen desde una iglesia que sólo ella está facultada para dar orientaciones morales y que el resto de las iglesias o de los grupos sociales debería someterse a tales directrices.

Lo racional (mínimo) y lo razonable (máximo)

De lo antedicho no debe colegirse que las propuestas religiosas no sean racionales, ni que la razón nada tenga que ver con la felicidad, porque la razón humana es sentiente, y el sentimiento, racional. Por eso tienen razón quienes dicen que no puede separarse de una forma tajante entre lo justo y lo bueno, ni, por tanto, pensar en qué cosas pueden ser exigibles a toda persona sin tener cierta idea de qué es lo que hace felices a las personas. En consecuencia, hay dos tipos de racionalidad, la de aquello que es universalmente exigible, y la razonabilidad de lo que puede proponerse con pleno sentido, sin ser por ello exigible.

En una sociedad pluralista y multicultural como la de hoy se trata de buscar al menos un acuerdo máximo en los mínimos y al menos un acuerdo mínimo en los máximos, toda vez que la moral racional de mínimos resulta común a todos los humanos, sin por ello rechazar los máximos que viven las religiones más minori-

tariamente en sus iglesias, en la medida en que no se opongan a dichos mínimos éticos dialógicos. Se intenta, pues, sumar y no restar, detectar cuáles son nuestros valores comunes, compartidos por creyentes y no creyentes, para construir una ética cívica donde se superen intolerancias recíprocas, aunque la experiencia cotidiana nos vaya enseñando que la honradez, la bondad, la responsabilidad, etc., no son patrimonio exclusivo de nadie; más aún, la misma experiencia nos enseña que a veces quienes tienen otras creencias religiosas o ni siquiera las tienen nos dan lecciones de rectitud, compromiso ético, defensa de los valores humanos, etc. El pluralismo ha devenido tan inevitable, que ni siquiera en el interior de las iglesias existe monismo; tan es así, que a veces el entendimiento parece más fácil en ciertos aspectos con los situados fuera de la propia Iglesia, que con quienes están dentro.

Ahora bien, sociedad pluralista no quiere decir que no haya entre los ciudadanos nada en común, como si todo se resolviese en meras preferencias individuales, sino todo lo contrario: precisamente el pluralismo es posible en una sociedad cuando sus miembros, a pesar de sus ideales distintos, demuestran tener en común unos mínimos morales que les parecen innegociables y a los que han ido llegando libremente y no por imposición, mínimos morales desde los que es posible construir juntos una sociedad más justa. En la ciudad pluralista los valores compartidos son: el valor intocable de cada persona humana, su dignidad, los derechos humanos, la libertad, la igualdad, la solidaridad. Y aunque en la práctica ocurra que todo eso sea continuamente violado y conculcado, ello no nos exime de la obligación de seguir trabajando en su favor, siquiera sea a través de la crítica de lo que hay.

Las grandes religiones de la humanidad han manifestado también su reconocimiento —por razones intersubjetivas— de un mínimo moral común a toda la humanidad, compuesta por creyentes y por no creyentes, en su *Declaración en pro de una ética mundial* (Chicago, 1993), con la idea de lograr paulatinamente intereses más concretos. De momento la declaración se articula en principios todavía muy generales, el central de los cuales consistiría en una exigencia ética universalmente aceptada (“todo ser humano ha de ser tratado humanamente porque posee una dignidad inviolable”) y el siguiente en una regla ética común a las distintas tradiciones religiosas, la regla de oro (“no hagas a nadie lo que no quieras que te hagan a ti”). El seguimiento de estas dos reglas conllevaría una

transformación marcada por cuatro directrices presentes también en todas las religiones: a) La no-violencia y el respeto a la vida (“¡no matarás!”). b) La solidaridad y la búsqueda de un orden económico justo (“¡no hurtarás!”). c) La tolerancia y el compromiso por una vida vivida con veracidad (“¡no mentirás!”). d) La igualdad de derechos y la hermandad entre varón y mujer (“¡no prostituirás ni te prostituirás!”).

Democracia moral: el ciudadano virtuoso

La democracia numérica debe ser a la vez democracia moral, compuesta no solamente por quienes quieren ser muchos, sino que quieren además ser buenos. Entre los líderes de la democracia numérica a veces se oye decir: “si no obtengo tantos miles de votos de diferencia con respecto del principal opositor, puede haber problemas”. Esto no está bien, aunque suele ocurrir, pues cuando por un voto no se concede la victoria quedan desacreditados todos los votos. En la democracia moral un solo voto permite gobernar al ganador, porque cada voto es fin en sí mismo, y quien viola un voto lesiona a toda la humanidad, del mismo modo que quien apalea a un niño apalea a todo lo humano que hay en cada miembro de la humanidad. Por eso el demócrata moral derrotado continuará oponiéndose hasta la victoria final, pero no se acogerá a su condición de perdedor por escaso margen para dar un golpe de Estado. Nada de abandonar, maldecir o no reconocer el triunfo ajeno. En la democracia moral se sabe perder, y no sólo ganar; hay que aprender a perder numéricamente si se quiere ganar moralmente algún día, el día de la verdad. Para el demócrata moral, si triunfa el adversario hay que seguir trabajando hasta liberar la polis del asedio de sus secuestradores, cada cual con los medios a su alcance, por eso hay que prepararse mucho.

Mas ¿cómo pasar a una democracia moral? Con lucidez de inteligencia (para lo cual hacen falta maestros no maltratados: entre todos los candidatos a presidentes de la República no sumarán ni medio mientras los maestros anden apaleados) y conversión del corazón. La democracia no es la revolución por decreto; la impaciencia es la enfermedad de los totalitarios. Desde la paciencia laboriosa aparecerán ciudadanos libres donde hubo esclavos, gentes que recuperarán su memoria de humanidad, memoria con la que

todos venimos al mundo, lo que todos sabemos por el hecho de ser hombres. Contra amnesia u olvido, memoria y anámnesis. Si la amnesia del pueblo es la ruina de la democracia, porque conlleva la hiperamnesia de los tiranos, el sano recuerdo es su floración primera.

Si la democracia numérica se vive como un derecho, con su otra cara, que es la obligación, la democracia moral se vive como un deber, un deber que yo me impongo con alegría, como la oportunidad de construir un mundo más digno. Es un deber sagrado y por tanto sacrificado, en la medida en que uno se da a sí mismo el deber sagrado de cuidar de los demás: por ejemplo, procurando que se tapen las alcantarillas a las que le falta la tapa (¡y las hay con verdadero peligro de muerte!), a fin de que no puedan caer en ellas niños, ciegos, o cualquier viandante. Eso lleva molestias, tiempo, y hasta dinero, claro está. Porque significa abnegación, generosidad, humildad, valores necesarios para el desarrollo de la virtud pública, indisociables de ella contra lo que suele decirse. Los grandes maestros de humanidad han procedido así. Sólo soy libre cuando todos los hombres y mujeres que me rodean son libres. La democracia, decimos con Charles Péguy, ha de ser la organización sistemática de la caridad, de la filantropía, de la buena educación, de la ayuda mutua, así como de la esperanza, ya que se basa en la convicción de que existen extraordinarias posibilidades en la gente ordinaria.

Tesis para unas bases comunes de los cristianos en la vida pública

Si lo anterior es cierto, entonces hay que proponer un mínimo común denominador operativo en el orden de los principios; por nuestra parte creemos que el personalismo comunitario puede servir de base para ello en cuanto que es un modo de vida caracterizado por la amorosa relación subsistente abierta a Quien es su fundamento. Ahora bien, eso únicamente será real y efectivo si además de saberlo al menos queremos que lo sea, pues no ignoramos que ser es también querer, y que querer exige requerir. Por eso este enérgico manifiesto de voluntades.

La persona, fin en sí

En el centro de nuestro discurso situamos a la persona. Sustituir unas estructuras políticas por otras, sin que ninguna tenga al ser humano como centro, conduce al País de Ninguna parte. Para nosotros, la persona es fin en sí misma, y ante ella no vale el lema de “el fin justifica los medios”. Cualquier acción desplegada al margen de esta convicción la tenemos por enemiga, pues nada es comparable en dignidad al ser humano. Mientras las cosas tienen precio, las personas ponen precio porque valen, de ahí que ellas sean la medida y lo mensurante, no lo medido. Ya para *Aristóteles* era el hombre en su libertad “hautou heneka”, por sí mismo y no por otro¹. A esto le corresponde la afirmación de Kant de que el hombre como persona es un “fin en sí mismo” y “no puede ser utilizado como simple medio”². Mediante la autorreferencia espiritual le adviene al hombre un valor de autonomía incondicionado. También Heidegger, casi siguiendo literalmente a Aristóteles, define a la existencia humana asegurando que “aquello por mor de lo que el hombre existe es él mismo”, o, dicho de otro modo, “el hombre es un ser que existe por mor de sí mismo”³. Lo cual nos habla de la última particularidad e irrepetibilidad del sí mismo, el “yo”. Todo ente real es individual, pero sólo en el hombre llega del todo la irrepetibilidad como tal a configurarse como “sí mismo”. Esto a su vez significa que en la realidad ilimitada, en la inmensidad espacial y temporal del mundo, así como también entre todos los miles de millones de hombres de la historia y de la actualidad, existe por así decirlo un único punto que me pertenece a mí mismo, que soy yo mismo, del cual puedo decir: ése soy yo. Es un punto a partir del cual se abre para mí un espacio luminoso en el que también entra otro en la luz de mi conciencia y se convierte en mi mundo. Es un punto a partir del cual se abre también para mí un espacio libre, en el que yo dispongo de mí mismo, en el que debo decidirme, en el que debo desarrollarme a mí mismo, en el que soy responsable para mí mismo, ineludiblemente, no intercambiable ni sustituible por nada ni por ningún otro. Nuestra pregunta por el hombre sola-

1. ARISTÓTELES, *Met I*, 982 b 25 ss.

2. KANT, E., *Grundlegund zur Metaphysik der Sitten*, WW (Akademieausgabe) IV, 428 ss.; *KprV* b 155 ss.

3. HEIDEGGER, M., *Vom Wesen des Grundes*, en *Wegmarken*. Gesamtausgabe 9, 157.

mente es posible porque tenemos esta experiencia del ser sí mismo. La pregunta “qué es el hombre” es –en tanto en cuanto me sé como hombre entre los hombres– siempre originariamente ya la pregunta “qué o quién soy yo mismo”. Y esta pregunta subyace al conocimiento de que yo soy alguien que no simplemente está ahí, sino que se encuentra referido en saber y en libertad a sí mismo, se pertenece a sí mismo, si bien un alguien que todavía debe llegar a ser, que yo tengo que realizar con una responsabilidad propia, irrenunciable⁴.

Vida interior

Sin momentos o períodos de fecunda soledad no habrá grandes momentos de acción, pues no es bueno moverse a remolque dependiendo del ajeno liderazgo. O crecemos cada uno desde la interioridad inimitable del propio carisma, o acabaremos imitando al hoy líder, mañana borreguero esquilador y esquilmador.

Pasión por la sabiduría

No basta (ni siquiera es necesario) tener un carnet para considerarse miembro de la especie humana; lo de menos es la cuota al día, pues si no se tiene un corazón, si no se poseen un alma y una cultura personalista y comunitaria, entonces se producen los con-sabidos fanatismos y doctrinarismos. Éstas serían, pues, las líneas maestras de una cultura personalista y comunitaria, desde la convicción de que lo que se hace sin formar una mentalidad carece de sentido: pasión por el saber en todas sus manifestaciones, tanto teóricas como prácticas o artísticas; amor por la lectura, la tertulia, la confrontación dialéctica, el debate ideológico al hilo de los días; vivencia de la música y de las artes plásticas como vehículo de expresión y experiencia de lo inefable con la palabra; convicción del valor de lo bello; orgía de creatividad; cultivo de la expresión lingüística y de la originalidad en la construcción, etc.

4. Cfr. CORETH, E., *Preguntas del hombre. (Pregunta, libertad y trascendencia)*. Universidad Pontificia, México 1996.

Conversión

Nadie da lo que no tiene, y no se puede llevar adelante un verdadero esfuerzo transformador si el interior de uno se encuentra demasiado dañado. Sin una seria identidad personal lo demás irá derecho a la torcida corrupción. Por eso el personalismo recaba a la vez la transformación del interior humano y de las estructuras ambientales: la Revolución será personal o no será; simultáneamente, será socioeconómica o no será, y olvidar esto sería hacer el tonto por angelismo. Hay que reconciliar —decía Mounier— a Kierkegaard y a Marx, lo religioso y lo sociológico, tarea inédita para el pensamiento filosófico desde hace más de un siglo.

En favor de la vida

Estamos en favor de la vida, que comienza desde el instante mismo de la fecundación. La vida del ser humano es sagrada, por cualitativamente distinta del resto, y consideramos aberrante a quien pide la occisión del nonato; por eso también nos oponemos a la pena de muerte y a la eutanasia, donde los débiles llevan la peor parte, y a la tortura y al genocidio por hambre, y a todo lo que degrada o dificulta la vida. Del lema ‘libertad, igualdad, fraternidad’, la fraternidad no es posible sin amar y valorar previamente la vida. Y sin fraternidad no cabe igualdad, y sin igualdad no cabe libertad. Por eso el lema ‘libertad, igualdad, fraternidad’ constituye una triple aspiración, donde si falta alguna de ellas faltan todas; y se dice en singular, no en plural; no queremos las libertades burguesas sino la libertad, que es indivisible.

Todo ser humano, en la medida en que sea racional, defenderá el derecho a la vida. Una especie que conculque este derecho se automutilará biológica y éticamente. La cuestión de la vida no es algo que deba dejarse al arbitrio de cada ciudadano en particular, sino que ha de ser defendido también por las instituciones; es de orden público: no se puede matar a nadie. Nunca se debe atentar contra la vida del niño o niña que va a nacer, aunque la madre sea violada. Es triste y lamentable que una mujer sea violada, y hay que castigar duramente al violador. Pero por encima de todo hay que defender la vida de todos y de cada uno, especialmente la vida de los seres más indefensos, las personas que van a nacer.

La vida que hay en el vientre de la madre es el test de toda democracia, la última palabra en torno a la cual ningún diálogo es posible: no se puede negociar con esa realidad sagrada, no cabe plantear otra cosa que su vida. La vida de quien va a nacer es la prueba de fuego de la democracia, su razón de ser, algo no sometible a pactos. Los demócratas han de ser los más grandes y entusiastas defensores de quienes no pueden defenderse a sí mismos, de las gentes más débiles. La sociedad juzgará mañana con infinita dureza a los y a las abortistas; a su lado, los defensores de la esclavitud parecerán grandes demócratas.

El verdadero demócrata defenderá la vida siempre y en todo lugar, vida que comienza desde el instante mismo de la fecundación. Y la defenderá en medio de la adversidad, a pesar del secuestro emocional con que cierta prensa poderosa –enemiga de los débiles– manipula a la opinión pública presentando a los defensores de la vida como reaccionarios integristas, derechistas fundamentalistas, papistas vaticanistas, etc.; adjetivaciones tanto más frecuentes cuanto menores son los argumentos que las fundan. Tampoco faltarán las descalificaciones profesionales, y hasta las personales.

Si la democracia se relaja en esta cuestión, vivirá bajo el signo de una democracia victimatoria, construida sobre los féretros invisibles, pero reales, de los abortados. El derecho a la vida, el primero y central de los derechos humanos sobre los que se funda la convivencia democrática, habría quedado conculcado, sustituido por falsos eufemismos.

Ahora bien, quien se compromete con la defensa de la persona que va a nacer debe también comprometerse con la defensa de la vida en todas y cada una de sus manifestaciones: estará en contra de la pena de muerte, en contra de la tortura, en contra del machismo, en contra del trabajo de niños menores, en contra de los salarios de hambre, etc.

En este sentido tenemos que decir con gran dolor –insistimos: con gran dolor– que son malos compañeros de viaje en la defensa de la vida aquellas personas que se han enriquecido con los despojos de los pobres, a los que a duras penas permiten sobrevivir, o simplemente aquellos que retribuyen con salarios ínfimos a sus trabajadoras y empleados domésticos, aunque ello sea conforme a lo estipulado social y legalmente. Estas gentes explotadoras cometen

crímenes abominables, y tras su coartada (falsa de todos modos) se agazapan quienes cometen los crímenes aún más abominables contra la vida.

Ecologismo humanista

No hay paz sin vida. Nuestro pacifismo es ecodúlico más que ecologista, pues tiende a fructificar la tierra allí donde la sociedad industrial la asola, y a dejar a las generaciones futuras en heredad un mundo renovadamente limpio y embellecido. Tal ecopacifismo no se reduce a una actitud regresiva y bucólica, sino que acepta el reto de humanizar la civilización tecnológica sin tener que renunciar por ello a sus éxitos. Tiene además una visión integral de la realidad, por lo que asume como propias todas las causas justas de la humanidad. Cualquier forma de terracentrismo o de zoologismo nada nos dice: no hay ecologismo sin personacentrismo, lo cual no concede al hombre derecho a la devastación.

Desde la libertad

Tampoco existen causas históricas autónomas al margen del ser humano. Ningún tipo de dictadura justifica el sufrimiento de un solo inocente: ni las políticas –tanto en su versión descaradamente tiránica, como en la encubierta por “razones de Estado” o “de Progreso”–, ni las económicas, ni las científico-tecnológicas, ni las históricas, etc. Ingenierías genéticas, seudomísticas totalitarias, Clubs de Ricos y calenturas hiperpersonales tendrán en el personalismo comunitario su peor enemigo, porque nada en este mundo se justifica a costa de las víctimas que pagan el precio.

Con esperanza

Quisiéramos igualmente conjugar la magnitud de nuestro deseo con el reconocimiento de nuestra limitación. Para que lo pequeño pueda ser tomado algún día por hermoso hace falta mucha madurez política y humana. Podríamos decir incluso que la esperanza es la virtud de lo pequeño, pues sólo ella sabe confiar en su ulterior

crecimiento, viendo en lo que apenas apunta lo que será luego frondoso. Pequeños en lo grande y grandes en lo pequeño, sabremos así dar en nuestro pecho entrada a esa indisoluble unidad de microcosmos y macrocosmos que somos cada uno. Grande es, deberíamos creer, quien ve la playa debajo del asfalto; pequeño es (pero ahora tirando a ridículo) quien oculta la gran luna tras su dedo regordete.

Corrección fraterna

Estos valores quedan en poco cuando no se viven desde la amistad. Me reconozco en lo profundo del otro cuando me sitúo en simpatía con él, cuando hago un esfuerzo de descentramiento, cuando procuro ponerme en su perspectiva. Desde aquí es desde donde cabe esperar una reprobación propositiva, una corrección fraterna. Pues, mientras las teorías o las filosofías dividen, sólo uno lo surgido en el suelo nutricio de la fidelidad amistosa. Quien en política pierde la amistad pierde la razón de ser, y aun el ser de su razón. Sin la amistad, todo lunar se convierte en mancha y toda mancha en chivo expiatorio.

Educando

Amistad y magisterio son lo mismo. Nos reclamamos por ello miembros de un colectivo de educadores-educandos, porque preexiste en cada uno de nosotros tanto una necesidad de enseñar como de ser enseñados. Nuestra era, tan abundante en aulas como carente de maestros, ha de aprender a enseñar de otro modo, sustituyendo el magisterio de la sospecha por el ministerio (servicio) de la ingenuidad que consiste en creer lo que se dice, decir lo que se cree, y hacer lo que se cree y se dice. Precisamos a la altura del nuevo bimilenio rehacer el Renacimiento de las escuelas desde la voluntad del magisterio como pluralidad y libertad.

Autocrítica

No existe desorden alguno del que podamos vernos distantes. A veces somos como aquel Gribouille de que nos habla Kierkegaard, que se metió en el río para huir de la lluvia; otras, en vez de confesar nuestra ignorancia, pensamos que por ir de fracaso en fracaso estamos cada vez más cerca de la sabiduría final; en ocasiones, al efecto engañoso de las seudodisidencias añadimos el de nuestra hipercrítica, a la que tan dada es la Absurdia de nuestra clientela ultraizquierdista. En otras ocasiones, pretendiendo hablar en nombre del hombre nuevo, seguimos siendo en el fondo hombres viejos. Tenemos, pues, que permanecer atentos y vigilantes, si no queremos sumirnos en la mera nostalgia. Sumergidos en la nulidad ambiental, expuestos al coma intelectual, podemos recalar finalmente en la egocracia, en el enyosamiento que nos compartimenta en pedazos pequeñoburgueses.

Testimonio

No es únicamente la ética del resultado, sino la de la convicción, lo que nos mueve. Su máximo enemigo será siempre la odiosa comparación. No importará tanto el éxito, cuanto la presencia. Precisamente por eso tenemos por detestable ñoñería el purismo absoluto, con mucha frecuencia enemigo de la pureza, y el impurismo de anchas tragaderas, albergue de los fanáticos de la vulgaridad. Una ética del testimonio político habrá de mostrar cuán compatible es lo mejor y lo bueno, el fin y los medios, el maximalismo y el minimalismo. No rechazará los buenos resultados, pero no los buscará a cualquier precio.

No para tener, sino para ser

Una identidad cultural personalista no podría jamás prescindir de la dimensión crítica en un mundo más y más manipulado. Busca con amor lo que hace progresar en la medida del ser, y no en la medida del tener. Por eso una vida así orientada será generosa más que egoísta; ascética más que epicúrea; axiológica antes que nihilista; abierta al Misterio y no inmanentista; crítica y no agotada en

sus propias palabras (para no hacer nada después de todo), sino orientada hacia un compromiso de acción.

Condonación de deuda

Hemos sido fecundados como políticos en la matriz de lo ético, y por ello al decir política decimos también moral, hombre político es hombre moral. La política, contra la moral o sin ella, es, en nombre del realismo, una de las más ponzoñosas causas antipersonales. Frente a esto queremos retomar la primacía de lo espiritual, permanentemente ético. Ser ético no es quedar al margen del error o de la duda, ni siquiera ser mejor; es orientar la vida de otro modo. Y, si nos reclamamos éticamente de izquierdas, tampoco nos preocupa demasiado la localización topográfica, pues a la vista del abuso actual, en que una misma crisis de moral arrastra a las derechas y a las izquierdas en el poder, y dada la creciente aminoración de sus mutuas diferencias, preferiríamos evitar la taxonomía al uso.

El Norte, incluso cuando dedica el 0'7 de su Producto Interior Bruto a la ayuda para el desarrollo, incluye allí los créditos en términos concesionales para compra de armamentos. Más del 36% del total de los créditos FAD (Fondo de Ayuda al Desarrollo) entre 1982 y 1990 han sido otorgados para la compra de equipo militar. Además, los créditos pueden obstaculizar la puesta en práctica de modelos de desarrollo autocentrados locales, e incrementar el endeudamiento y la dependencia de los países receptores.

Por cada dólar que el Sur recibe del Norte tiene que devolver 4 dólares, de modo que, aun recibiendo la transferencia del 0'7, aún se le adeuda más que mucho: es el robo estructural estipulado por las normas de juego del mercado capitalista. ¿La ventaja de los pobres es que la crisis no les puede empobrecer ya más? A pesar de todo, al Sur se le mira con aprensión, como generador de problemas.

Al menos, perdonemos la deuda. Los ricos tratan como ovejas a los pobres; pero ¿por qué no se limitan como máximo a esquilmarlas, en vez de despellejarlas? Para acabar con esta situación hay que condonar incondicionalmente la deuda a nivel internacional, aunque eso se traduzca en disfunciones entre las clases trabajadoras y asalariadas del Norte, las que siempre apechan con el céle-

bre “apretarse el cinturón”. Hablamos de condonar la deuda, no de perdonarla; quien debería pedir perdón es el ladrón, no el expoliado. ¿O es que la víctima tiene que pedir perdón por no estarse suficientemente quieta mientras le clavan el cuchillo por la espalda? Y, desde luego, hay que seguir trabajando en la reforma de las estructuras porque, si las cosas permanecen como están hoy a nivel estructural, lo que se haga será perdón para hoy y ofensa para mañana.

Practiquemos, pues, el jubileo verdadero, y liberémonos a la vez de fes mágicas en los días o años fastos y/o nefastos, es decir, en jubileos folclóricos, peregrinaciones boy-scouts, repartos de indulgencias, festivales triunfalistas y demás familia. Perdonemos, pues, recordando lo bueno del pasado. Y como gesto de buena voluntad inmediato, cancelación de la deuda externa. Recordemos que entre las leyes de justicia social que dio Moisés al pueblo de Israel había una muy novedosa respecto a las leyes de los países de aquel tiempo, el Año de Gracia o Año Sabático, porque se anunciaba al pueblo con un cuerno llamado en hebreo *yobel*.

El Año de Gracia consistía en conceder cada siete años un año de respiro a la tierra y a los siervos que la trabajaban (Ex 21, 1-11 y 23,10-11). Los terrenos debían dejarse descansar sin sembrarse todos los años séptimos. Los esclavos, que habían vendido su fuerza de trabajo a sus amos, debían quedar libres de su servidumbre. En el código deuteronomico se completó esta ley con la obligación de eliminar todas las deudas contraídas durante los seis años anteriores al Año de Gracia (Dt 15.19). Sin embargo, el Año de Gracia se cumplió muy raras veces, aunque durante la resistencia de los macabeos sí fue cumplido por los israelitas fieles (1Mc 6, 49-53). Pero 400 años antes el profeta Jeremías se quejaba de las trampas que hacían los ricos para no cumplir esa ley de amnistía general (Jr 34, 98-22). Así que a la vuelta del destierro de Babilonia se hizo una codificación definitiva de leyes en el libro del Levítico y, buscando facilitar la ley del Año de Gracia, el plazo se amplió de 7 años a ciclos de 50 años (Lv 25, 8-19). Desde entonces el Año de Gracia se celebraba cada medio siglo, al cabo del cual había que volver a empezar.

La anulación de las deudas aparece en la Biblia como un imperativo de justicia para impedir la acumulación de unos y el empobrecimiento de otros. Según la ley de Moisés, los préstamos que se hicieran entre los israelitas no deberían pagar intereses (Ex 22-

24). La misma palabra *interés* (*reshék*) significa *mordisco*, y era un pecado, un aprovecharse de la necesidad del pobre. Inspirado en la tradición bíblica, el cristianismo consideró inmoral el préstamo con intereses hasta el siglo XVIII. La usura y cualquier tipo de interés fueron duramente condenados durante siglos en nombre de Dios. En su primera actuación pública en la sinagoga de Nazaret, Jesús proclamará el Año de Gracia como buena noticia de liberación: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la Buena Noticia a los pobres. Me ha enviado a anunciar la libertad a los presos, la luz a los ciegos, a liberar a todos los oprimidos, a proclamar el Año de Gracia del Señor” (Lc 4, 16 ss). Ahora que tanto se presume de derechos humanos, más de dos mil años después, ¿somos más humanos que antes?

Corriente arriba

Por esta no adecuación a los moldes al uso siempre seremos extranjeros incluso allí donde más querida resulte nuestra opción. Frente al pragmatismo utilitarista de la partitocracia actual pareceremos demasiado utópico-angelicales-ingenuos-ignorantes; frente al apoliticismo biempensante y satisfecho pareceremos demasiado vulgares-iguales-que-todos-, “interesados en la conquista del poder”. Ante nosotros, que somos de militancia única, tendremos de continuo un doble frente, y no es fácil pensar en que pueda ser de otro modo. Para decir lo que queremos nos veremos obligados a negar lo que no queremos; a veces incluso hasta las afirmaciones comunes tendrán una orientación de ultimidad muy diferenciadora. Es tan grande y cotidiano el corazón del desorden establecido, que antes de pensar en ínsulas de felicidad habremos de bregar dejándonos la piel corriente arriba. La tarea es larga y exige convicción y paciencia.

Presencia en todos los niveles

Decíamos que todo es política, pero no basta con que así sea para que una política se legitime; en nuestra opinión sólo merece el nombre de política la que se sitúa en la entraña misma de la sociedad y al mismo tiempo se centra en la persona. Somos hasta el tué-

tano personalistas por políticos, y políticos por personalistas: enraizados en la naturaleza, convivientes en la ciudad, dotados de racionalidad, a nosotros toca administrar nuestra convivencia. A ese quehacer vital comunitario y a la vez personalísimo le llamamos, pues, política. Precisamente por ello esta visión de lo político sobrepasa el estrecho ámbito de los partidos y de las urnas, así como el estrecho cálculo de posibilidades (votos) en torno a la toma del poder organizado desde la propaganda y el dinero, donde ya la toma del poder es el precio único y la razón de la actividad. Amamos la permanente participación asamblearia, la cultura que la genera y la sazona, y el poder compartido por el pueblo, pues el único poder legítimo es el poder compartido. De ahí que no tengamos nada contra la política al uso, y a la vez lo tengamos todo. Sabemos que a la inercia actual se la denomina democracia, y al *status quo* madurez.

Todo lo cual se articula en tres niveles –en realidad cuatro– que se exigen mutuamente, por lo que abstraerlos sería mutilador:

Nivel uno: nivel de presencia testimonial, de acción transformadora, entre los humildes. No se trata de creerse salvadores, sino de realizar una opción por la austeridad, al mismo tiempo que avanzamos en la opción por la causa de los empobrecidos, sabiendo que la pobreza es un mal evitable.

Nivel dos: nivel de la reflexión y del estudio, de la elaboración de una teoría sólida y contrastada con la vida, que ayude a salir del caos y de la indefinición espiritual en que se debate nuestro fin de milenio. Aquel nivel uno de la presencia testimonial en las grietas del sistema se quedaría en poco a medio y largo plazo sin la capacidad crítica y de contrapropuesta.

Nivel tres: tendente a articular en la medida de lo posible una presencia institucional, desde los estratos más modestos (asociaciones de barrio, sindicatos, etc.) hasta los más elevados (partidos, etc.) si cabe. Será expresión real cuando el Instituto E. Monnier vaya funcionando; de no producirse será que el Instituto se mira autocomplacido pero insensible en última instancia a lo que pasa en sociedad.

Nivel cuatro: o metanivel, o nivel cero, cero a la izquierda si se quiere, porque no se “contabiliza”, ya que es gratuito, pero no superfluo, el de la conversión del corazón. Cada cual deberá tratar

de examinar hasta qué punto lo considera imprescindible, y qué ha de hacer para tratar de ejercerlo).

Para el encuentro

Desde esta voluntad de presencia en todos los ámbitos existenciales buscaremos a todos los que puedan caminar con nosotros. Pero no esperaremos a que vengan, iremos nosotros hacia ellos, y lo propio haremos con cada persona. Somos, pues, acérrimos de la categoría de encuentro, de la decidida vocación de aglutinación, comunión o confederación. Nos repugnan los grupos de sectas, las políticas de campanario, las insidias de camarilla, los reinos de taifas y las sociedades de Narcisos. Sabemos que el mal aísla y divide.

No violencia subversiva frente al mal

En un orden de prioridades nos situamos a la vez contra el gasto bélico y contra la existencia de los ejércitos, que son una de las raíces de la militarización de nuestra cotidianidad y de nuestras propias inercias agresivas. Nos queremos antibelicistas y pacifistas, no violentos activos. Trabajamos en las escuelas por una infancia desarmada, crítica y activada hacia la no violencia subversiva frente al mal, porque el primer objetivo de la violencia es segar la vida, y nadie tiene derecho a hacerlo.

Estado mínimo

El Estado no es la Razón, y ni siquiera hay razón para el Estado, que aun en su forma de Estado de derecho representa el monopolio de una oligarquía militar (aparato represivo), político-burocrática (Administración), y económica (resultado de las anteriores), siempre mantenida por los aparatos ideológicos que la publicitan y reproducen (medios, escuela). Resulta imposible levantar el edificio personalista y comunitario sobre el caótico mundo del consumo, elegido por el Estado como motor de la historia. Este 'anestatismo' conlleva trabajar contra el desorden establecido y contra el que trata de establecerse desde su raíz estatal. Hoy más

que nunca hemos de trabajar por rechazar razonadamente toda forma de Estado que no sea más que una concentración de poder en manos de partidos, de hecho una dictadura. El Estado sólo puede tener sentido para nosotros como el pueblo mismo organizado en un orden institucional que, a fin de ser verdaderamente democrático, exige la autogestión responsable desde su base popular. Cuando el Estado se desarraiga del pueblo constituyéndose en una entidad independiente del mismo, automáticamente se transforma en un poder despótico que tiraniza al pueblo primero y le envilece después y contra el que, por consiguiente, resulta legítima cualquier forma de desobediencia civil.

Hoy más que nunca afirmamos que el Estado no tiene sentido constitucional cuando no expresa la voluntad popular, a la que debe someterse. A su vez la voluntad popular se expresa mediante la socialización, la participación, la autogestión.

A pesar de todo, para nosotros la voluntad popular tampoco puede ser dogma. La voz del pueblo no es la voz de Dios. A veces, en favor del pueblo, habrá que cantarle las cuarenta.

Aunque lo ideal sería la desaparición del Estado en su forma actual porque no promueve la socialización, la participación ni la autogestión, sin embargo, mientras el Estado subsista (pues el Estado mínimo según el modelo neoliberal resultará lesivo para los más necesitados), mientras tanto sólo reconoceremos al Estado si actúa subsidiariamente, es decir, ayudando al desarrollo de la sociedad civil allí donde ésta aún no llega: salud, vejez, enseñanza, bienes necesarios para el mantenimiento de la vida. Desmantelar ese mínimo para entregarlo al capitalismo liberal anestatista sería como dictar sentencia contra los humildes.

La sociedad debe estar compuesta por comunidades organizadas en las que cuantos las compongan participen activa y responsablemente en la dirección y en la realización de la tarea común. El último fin de la comunidad es la amistad y la convivencia pacífica y justa –libre, igual y fraterna–. Pero no existe paz sino en la justicia. El orden no es un valor en sí mismo que haya de prevalecer a costa de todo lo demás. Sólo un orden justo tiene derecho a conservarse y ser defendido. El orden injusto carece de tal derecho. Alterar el injusto para encaminarlo a la consecución del justo es no sólo legítimo, sino una acción verdaderamente pacificadora. En consecuencia, más que nunca, cuando el pueblo mismo está dormido y

arrastra los vicios que él mismo denuncia, hay que recordar que todo poder radica en el pueblo, y que ninguna autoridad debería ser nunca legitimada como atributo caudillista, partidocrático u oligocrático ni siquiera sancionado por las urnas, sino como un servicio a la comunidad conferido por la elección y ejercido siempre bajo un control efectivo del pueblo mismo.

Frente al riesgo permanente de corrupción, tanto en los gobernantes como en el pueblo mismo, es necesario establecer los mecanismos en cada momento eficaces para hacer realidad el control del poder en todos los ámbitos y niveles, no sólo mediante la periódica emisión del voto, sino por cauces de participación que supongan poder disponer de ese voto en cada momento. Más allá de estas inmediatas e ineludibles exigencias de control, la última y radical solución estará en un ser humano nuevo capaz de asumir simultáneamente una transformación estructural cualitativamente distinta.

Federalismo solidario

Buscamos aquella sociedad que, desde el “a cada cual según su trabajo” apunta al “a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades”. Nos interesa la democracia formal en la medida en que ésta refleje la democracia social, sin desempleo ni diferencias salariales al uso, por no aceptar la propiedad privada de los medios de producción. Al margen del capitalismo multinacional y del poder del dinero que todo lo define, queremos el federalismo solidario que trasvasa sus bienes según la ley de los vasos comunicantes, y que niega las reproducciones atomizadas del Estado (como lo son las autonomías al uso). Sueña con una economía presidida por el valor de lo humano y defiende las relaciones de producción apátridas como aspiración internacionalista.

Ser Sur

Cualquier identidad político-cultural conlleva una mística; para nosotros valen estas palabras de Péguy todavía al respecto: “Mística republicana la había cuando se daba la vida por la República, política republicana la hay ahora que se vive de ella”. ¡Y cómo se

vive ya de ella! Aquella mística de Péguy era la de los pobres de la Tierra, y sabía que la liberación de los últimos es cosa de los últimos mismos, conscientes de padecer tanto la explotación como la opresión y de no quererla para nadie. Es, pues, una mística del Sur: el Sur como lugar de mística, fuente de política y fuerza de cultura. Tal fuerza se alimenta de mucho trabajo, mucho estudio, mucha reflexión. A veces tendremos la sensación de hacer el primo trabajando gratis y a destajo. Cuando los demás, bien pagados, se van a casa con los honores nosotros seguimos caminando. Hará falta valor para afrontar este camino infinito.

Tener memoria

Esa voluntad de ser Sur anhela traducirse en la creación de un ámbito de encuentro entre intelectuales, profesionales, estudiantes, trabajadores y gentes activas en general, con una memoria histórica y un común deseo transformador: una sociedad de adultos liberados del afán de posesión y tendentes a un común personalista y comunitario.

Afirmación del Absoluto-Dios presencializado en la vida humana

La persona busca lo incondicional en su salir fuera de sí misma, en el sobrepasarse a sí misma en el movimiento transitivo del conocer, del querer y del actuar, y con más razón en la relación interpersonal; en el sobrepasamiento de sí misma se realiza a sí misma. “Si en todo esto lo incondicionado aparece en lo condicionado, si se presupone en su ejercicio, entonces en ello se hace patente la esencial referencia del hombre en cuanto espíritu finito en el mundo a lo incondicionado mismo, es decir, al ser absoluto, a Dios en cuanto que trascendencia. Por su esencia, el hombre es ser para Dios, ser hacia Dios. Sólo en Él puede el hombre encontrarse verdaderamente a sí mismo, sólo en Él puede encontrar finalmente su plenificación. De ahí se deduce además que la existencia humana en el mundo no es todavía el ser humano propio y definitivo que Dios mentara cuando en la creación dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1, 26). Es solamente la existencia provisional e inacabada del hombre en el mundo, ordenado

al adecuado y definitivamente concluido ser humano que todavía no ha llegado y que solamente habrá de mostrarse en la vida futura. Pero si nuestro ser humano sólo allí ha de alcanzar su plena y definitiva configuración, entonces también nuestro preguntar por la esencia del hombre sólo puede encontrar allí su plena y definitiva respuesta”⁵.

Decir que el mal divide no es un lujo de biempensantes ni una moda, antes al contrario, el mal está ahí con su obstinada fealdad golpeante, no erradicado por el progreso, a veces incluso por él multiplicado. Y, si nuestra causa consiste en hacer el bien y evitar el mal, tenemos que abrirnos al Bien como posibilidad: quien quiere lo bueno se abre al Bien, pues la religión es la afirmación del Absoluto-Dios presencializado en la vida humana, es decir, la afirmación absoluta del hombre a la luz de Dios. Repitamos: una religión al margen de lo humano o inculta estaría vacía; a su vez toda cultura implica una actividad religiosa, quizá no siempre en sus concretas tareas materiales inmediatas, pero sí en su intencionalidad y fundamentación últimas. Según ello, una idea de la existencia humana que se despide del Absoluto corre el riesgo de pactar con lo fáctico. Sin el reconocimiento de lo divino se oscurece el reconocimiento de lo humano. Las personas son fines en sí, no el final de sí mismas.

Gratuidad

Este nuestro programa se precipitaría en el voluntarismo del quiero y no puedo si no diese razón de su esperanza. Ésta se alimenta del reconocimiento del carácter misterioso y gratuito de la existencia, que nadie en este mundo se debe a sí mismo. Lo mejor de lo real nos ha sido conferido sin nuestro concurso, y gratis. A esta misteriosa donación originaria responderemos con nuestro agradecimiento, por ello nos sentimos llamados a multiplicar lo que teniendo valor no tiene precio, a encajar el mal sin devolverlo, y a mostrar operativamente que el bien es más fuerte que el mal.

5. CORETH, E., *Preguntas del hombre. (Pregunta, libertad y trascendencia)*. Universidad Pontificia, México 1996, p. 19. Esta obra, que yo mismo traduje en mi época de docente en esa institución mexicana, permanece prácticamente desconocida.

Saber descansar para mejor cansarse

Únicamente Dios es Dios. Gratuidad es sencillez, la cual no exige supermanía-superwománía, sino que pide los momentos de diástole, de reparación del descanso. Sólo trabajaremos para lo eterno el día en que, asimismo, dejemos que lo eterno trabaje en nosotros para nosotros. Y, a tal efecto, sin el debido retiro y sin el necesario descanso, una vida tensa desquicia y termina por hacer de la supuesta palabra profética rabieta, muletilla, pose, o incluso odio: falsos profetas sólo toleran junto a sí fanáticos y sólo propician escisiones contra los disidentes. Conocemos tales fariseísmos dentro y fuera de nosotros, y sabemos bien que es un camino cortado, un callejón sin salida.

Hermano humor

Loado sea el Hermano Humor. Porque el humor es la quintaesencia del amor.